

Homero Bascuñán

## Dioses plebeyos

(cuento)

«La verdadera yoga, en todos los tiempos, ha sido para unos pocos».  
C. JINARAJADASA.



LEONCIO MONTALVÁN hacía girar su mano, abierta y casi rozando la piel del hombre, al acercarla rítmicamente como atornillándola, como empujando, inyectando, tal vez, en el epigastrio, alguna corriente curativa que el paciente sentía penetrarle como un soplo benéfico, fresco, agradable. Montalván, concentrado con la vista fija en la zona influída, siguió todavía un momento en su tarea; luego bajó la mano, respiró con fuerza y mirando al hombre interrogó:

—¿Sintió algo, señor Améstica?

—Sí; algo como viento fresco, penetrante, que iba esparciéndose por todo el cuerpo.

—Sí; eso es—confirmó Montalván. Y agregó señalando con el índice: —Ahí tiene usted un *centro* nervioso; el más importante de todos. Ahí se almacena la *energía vital*, lo que nosotros llamamos «prana», y luego va distribuyéndose por todos aquellos

órganos que acusan falta de esta energía, que se encuentran débiles y, en muchos casos, enfermos. Ramacharaka nos enseña que la enfermedad no es otra cosa que falta de «prana» en el organismo—dijo agitando el índice sentenciosamente. Después de una pausa, continuó: —Mi tarea es ésta; usted lo ha visto: fortalecer, vitalizar este *centro* que, momentáneamente, estaba desprovisto de energía. Ahora, nuevamente pleno, podrá proveer a todos aquellos órganos que lo requieran.

Montalván, frotándose las manos, dió unos pasos por la habitación. Se detuvo frente a un gran retrato de Vivekananda. El Swami estaba sentado, con las manos sobre las rodillas, como imitando la pose del pequeño Budha de marfil que, sobre un pedestal de madera, solo, risueño, era una luz bendita sobre su blanco trono de lotos. En un estante de barniz oscuro, las obras de Rama Prasad, Sankaracharya, Panchadasi, Bagaván Das Swami Abhedananda, Brahmacharin Bodhabhikshu, Aurobindo y muchos más, confirmaban las teorías de Montalván, pues en ellas había bebido, durante años, la sabiduría de los indos eterna como Los Vedas, el Baghavad Gita o la epopeya de Rama.

Montalván dió media vuelta. Sin avanzar, habló:

—Ya ve usted que es fácil curar. Basta tomar esta *fuerza vital* que llena el universo y proyectarla sobre ese *centro* que algunos yoguis califican de «segundo cerebro», o vaciarla directamente en el órgano enfermo. Nada más. Esto, naturalmente, para el novicio, para el que empieza a poner en práctica esta ciencia; porque yo, es cierto, al mismo tiempo influyo en el aura del paciente que en estos casos acusa el color propio de la enfermedad, lo que contrarresto aplicando colores saludables que neutralizan y borran la tonalidad originada por el mal. Yo le doy esta explicación con el fin de evitarle una falsa apreciación; esto es, que pudiera confundir mis medios curativos con el hipnotismo: yo no hipnotizo, yo no sugestiono a nadie; yo curo, sencillamente, empleando esta «medicina pránica»—aclaró son

riente—. Además, sabía que usted era escéptico, por eso tuve mayor interés todavía en preocuparme de su caso.

Moltalván avanzó lento, como si contara los pasos.

—Mire—dijo muy cerca de Améstica, bajando la voz y en la actitud del que descorre el velo de un arcano:—Bien pudo usted quedarse en su casa, y yo le habría «tratado» con el mismo resultado, transmitiéndole desde aquí ese «frío» que acaba de sentir—y mirándole resueltamente, continuó:

—Se lo voy a probar.

Giró rápido y caminó hacia un rincón. Junto al Budha risueño se detuvo.

—¡Mire!—ordenó—Ponga atención. Arréglese la camisa abotónese el chaleco. Sí, sí: ciérrese el vestón. Bien; ahora míreme. No se mueva. Desde aquí, tan sólo con el aliento le voy a producir el mismo «frío» que ya experimentó hace un momento, la misma sensación de bienestar, ese estado saludable del hombre en su más alto estado de plenitud.

Respiró profundamente, retuvo el aliento, clavó la mirada en Améstica, levantó el brazo derecho y apuntando con el índice en dirección al plexo, empezó a exhalar como soplando, al mismo tiempo que había impreso a su dedo una rotación lenta que iba trazando una órbita pequeña, la que, al repetirse, seguramente tomaba forma de espiral al ser empujada hacia el sujeto, barrenándole el *centro* sometido al experimento, tomar contacto con el extremo de kundalíni y ascender hasta el «loto de los mil pétalos»

—¿Siente?—interrogó Moltalván una vez terminada la larga exhalación y haber bajado el brazo.

—¡Es admirable! ¡Increíble!... ¡Claro que sentí!—respondió Améstica después—No hubiera querido sentir nada; le digo francamente que me hubiera gustado verle fracasar; pero esa corriente que parecía desprenderse de su dedo, era algo tangible... no sé; algo que he sentido dentro de mí, pero que soy incapaz de explicar por ahora.

Siguieron hablando. Améstica interesadísimo, inquiriendo detalles respecto al dominio del: «prana», exponiendo sus puntos de vista, confesando la superficialidad de su apreciación respecto a lo hermético, y declarándose, finalmente, prosélito de la filosofía yogui sustentada por Montalván. Este, por su parte, seguía hablando, aclarando aquellos puntos más complejos de su exposición, explicando sus medios curativos con entusiasmo y convicción.

Incidentalmente se habían conocido, hacía apenas unos días; pues la editorial donde Améstica trabajaba había empezado a imprimir un libro de Montalván, que trataba de la respiración. Améstica, como corrector de pruebas, a menudo debía consultarle sobre la acepción de los términos sánscritos que en gran número contenía el texto de la obra. Así empezaron a conocerse, a tratarse, a conversar de asuntos ajenos al libro, manifestándose pronto una mutua simpatía aunque discrepando en cuanto a sus creencias y convicciones, manteniéndose firme, irreductible, el corrector de pruebas en su posición escéptica ante las argumentaciones de Montalván. Pero ahora, ante la rápida mejoría de esa afección renal tan molesta, había tenido que doblegarse ante la realidad de los hechos y ante los poderes ocultos tantas veces negados por él.

\* \* \*

Leoncio Montalván tenía un gran parecido físico con Alcione, el Mesías de la Orden de la Estrella; por eso cuando entraba a alguna logia o centro esotérico, no faltaba quién dijera en voz baja: «Llegó nuestro Krishnamurti» o «Ahí viene el autor de *El Canto de la Vida*». Aparte de esta particularidad, Montalván era un yogui «sui generis», pues sustentaba las ideas más peregrinas respecto al curso evolutivo tradicional de todo brahmacharin. Tal vez su loca fantasía, su vasto desarrollo alcanzado, a pesar del medio profano en que había vivido casi

siempre, y su afán de servir más directamente y a un mayor número de seres afligidos, le hizo, en cierto modo, bifurcar su sendero de perfección. Lo que en Montalván podía tildarse de «apostasía hermética», era su resistencia al ascetismo de aquellos Yoguis reclusos en algunos templos indos o en los monasterios tibetanos, lo que él llamaba «*La soledad estéril de los tímidos*». El era distinto: sólo quería servir, crecer espiritualmente para servir, adquirir poderes para servir: por eso no ambicionaba la grandeza solitaria de los Maestros ni le preocupaba mayormente la soledad divina de Dios.

Al hermano K. B., que había disertado en el *Círculo Indú-Yogui* sobre «Las fuerzas sutiles, su desarrollo y empleo», le había declarado un día que caminaban descalzos por la orilla del mar: «No creo, maestro, que alguien pueda servir lo suficiente a la humanidad hundido en el silencio de un monasterio de Lhasa o enclaustrado en el oscuro misterio del simbólico Shangri-La. Estoy seguro de que si Dios no hubiera huído al retiro impenetrable de lo Eterno, no habría tanto dolor en el mundo. Se sirve mejor cuando se palpa la miseria con los sentidos materiales que cuando se presiente con los ojos psíquicos. Krishna, el rishi glorioso que pudo alcanzar el grado semidivino de «Los resplandecientes», al pie de los cedros protectores que contemplan la majestad del Himalaya, instruyó a Arjuna en el secreto de la Ciencia de lo Eterno y enseñó a los hombres del Ganges la doctrina del alma inmortal. Moisés, el gran hierofante, llegó hasta el templo de Madián, subió a la montaña del esplendor que aterra y tornó a Israel con la ley del Sinaí, y luego salvó a su pueblo de la esclavitud. Pitágoras, el ilustre hijo de Samos, venció en todas las terribles pruebas de la iniciación, que duró veintidós años y que culminó con la resurrección en la luz de Osiris, desentrañó el arcano de Menfis y volvió a Grecia donde fundó su célebre escuela, centro radioso de sabiduría. Jesús, finalmente, para no mencionar a todos los Maestros, después de su retiro, esto es, de haber sido iniciado por los esenios en los cono-

cimientos herméticos de la Fraternidad hebrea, se reintegró a los suyos, predicó, sirvió y murió físicamente bañado en su sangre generosa, no podrido de vejez, ni escaso de latidos, ni mudo de olvido y de tanto callar, sino como Mártir, vencido por la maldad del hombre, como dios humano doblegado por la ceguera de su grey, a la que perdonó desde la Cruz. Y el perdón, nuestro perdón, no es otra cosa que la sublimación del Calvario reproducida simbólicamente con la tristeza del alma, la pureza de nuestros sentimientos, el fuego de nuestra fe y la sangre de nuestros corazones».

«¿Qué mérito tiene el recluirse en una gruta y allí ser abstermio, observar la castidad, comer lo estrictamente indispensable para renovar las fuerzas necesarias para un débil respirar, conformarse con la soledad, contemplar las montañas, extasiarse con la fulgidez de las estrellas y meditar hasta morir? Igual que Dios, que después de la Creación fué a sentarse en un rincón del Infinito, se pasó la mano por la frente sudorosa, la sacudió en el vacío y millares de estrellas se quedaron titilando en la inmensidad... Después cruzó las manos sobre el ombligo y se durmió para siempre. Hoy es una momia que los astros contemplan desde sus órbitas, incrédulos de que esa «cosa» inmóvil y muerta sea el origen, la raíz, el principio de todo lo creado... Maestro, ya no hay más dioses; y los que alguna vez fueron Bagavanes, benditos Señores de las razas, hoy algunos *viven* una existencia de fantasmas en la mente de los simples; los otros cayeron derribados de sus pedestales, no por una turba de iconoclastas sino por la luz del saber que a través de los siglos ha ido borrando las sombras aterradoras del mito. La posibilidad de los anupadakas dejó de ser posible; el Otro, el primero y el Único, está allí muerto, insepulto, olvidado, desconocido después de tanta ceniza de milenios, gastándose como todo, agusanado de olvido, sin una cruz de fuego ni una corona de estrellas... Sí, maestro; no hay más dioses que nosotros; dioses plebeyos, pobres dioses plebeyos si usted quiere, pero decididos y tenaces, que no huyen

a refugiarse en el regazo de la soledad, lejos del mundo, sino que se quedan en él, sirviendo al hombre, ayudándolo a liberarse, levantándolo cuando cae, muriendo en la cruz a cada minuto pero resucitando a continuación no para volar al cielo cómodo de los enclenques de la vida, sino para continuar la tarea de servicio impuesta, porque la gloria, el devakhân, la celeste paz y el deleitoso samadhi deben ser disfrutados por todos los hombres y no el privilegio de los Mahatmas. Yo me siento aquí más satisfecho trabajando y sufriendo, que allá en la montaña solitaria de los brahmanes, al margen del pecado, libre de la miseria, lejos del sufrimiento, ausente de la vida del mundo, que es la tragedia del hombre».

Moltalván estaba convencido de la rectitud de su hermetismo y de la seguridad de alcanzar el fin propuesto, y sólo un deseo de turismo celeste podía impulsarle a querer llegar, físicamente, a la tierra de los lamas, porque él en algunas ocasiones había ido, en astral, acompañando a su *Gurú*, actualmente desencarnado, hasta el Tibet legendario. Desde lo alto había gozado con el paisaje del Pundjab y había contemplado la luna en el Ganges, como una pupila misteriosa atisbando desde el húmedo origen de los légamos. También había visitado, en la misma condición, el Templo de la Esfinge, donde la Palabra, aún y siempre, permanece viva en la mudez de los labios inmóviles, había recorrido sus ruinas y sus aceras de piedra desde donde podía verse alta, majestuosa como el *purusa* granítico de esa región, la Gran Pirámide de Giseh. En este mismo estado, también, había visitado el monasterio de Montserrat, gozando con la escultura natural de los imponentes peñascales: el Cerro de los Apóstoles, las rocas de los Frailes Encantados, el camino de la Santa Cueva, la Ermita de la Santísima Trinidad. Allí habían estado los Caballeros del Santo Grial, Mejnour y su poderoso discípulo, y en las rocas de los Tubos del Organo, Wagner había concebido el milagro de su Parsifal haciéndolo surgir, por su voluntad, de los átomos rebeldes y hacerles transpasar las ori-

llas del ensueño, haciendo inclinarse maravillados, a los astros y despertarse las rocas de su quietud ancestral, largamente prolongada desde el tronar de la concha marina de Yudhistira...

\* \* \*

El libro de Montalván apareció. Algunos críticos, haciendo un análisis superficial, lo elogiaron; otros, ayunos en materias esotéricas, callaron prudentemente; sólo los adeptos e iniciados en la ciencia del Aliento y en la filosofía de los Thattvas, tuvieron palabras de reproche para Montalván. Pero esto no tuvo ninguna repercusión exterior; es decir, no transpuso los límites estrechos de esa «élite» del Círculo Yogui, que era dirigido por instructores desde Benarés. Fué acusado formalmente, y los antecedentes del «proceso» fueron remitidos al Consejo Supremo de la Orden.

Meses después, el Centro Indú-Yogui anunciaba un ciclo de conferencias sobre el «Origen de los Puranas» e «Interpretación de los Tantras», a cargo de un yogui llamado Bagaván Kavira, que hacía una gira por el continente. Hubo entusiasmo por escucharle, y aquellos días en que debió abordar la tribuna, el paraninfo del Círculo Yogui se hizo estrecho para contener al numeroso público asistente. Cada conferencia fué un éxito. La prensa comentó el hecho, calificándolo de extraordinario.

Pasaron algunos días; dos semanas habían transcurrido. el nombre de Bagaván Kavira ya empezaba a borrarse del ambiente, cuando los diarios lo mencionaron por última vez: partía rumbo a Benarés acompañado de Leoncio Montalván.

Se supo después—los diarios lo destacaron a grandes títulos—que Montalván, a poco de llegar a su destino había resuelto enterrarse vivo durante siete lunas. La noticia causó estupor entre los que le conocían, llegando a temerse por su vida.

.....  
.....

Al término de la prueba se procedió a desenterrarle, en presencia de testigos, tal como se había hecho el día del «entierro». Había ansiedad por conocer el resultado de experimento tan difícil en el que otros yoguis habían fracasado, encontrándoseles muertos al final de la prueba y en un estado insoportable de putrefacción.

Los periodistas que habían concurrido en gran número, eran mantenidos a prudente distancia a fin de que no interrumpieran el ritual que iba a desarrollarse. Desde allí tomaban apuntes de cuanto ocurría y enfocaban sus Kodaks y Leicas continuamente.

Cavaron la tierra, sacaron la urna y la destaparon con gran precaución. Dos mariposas de luz volaron precipitadas y se disgregaron en el aire, quedando, unos instantes, flotando algo como germen de nebulosa áurea, que el viento se llevó rápidamente.

Los yoguis, durante el desarrollo de los ritos herméticos, pronunciaron repetidas veces el monosílabo sagrado: «OM... OM... OM»..., que vibraba en el ámbito y crecía, derramándose, ascendiendo, penetrando en el Uno y tornando en el eco sumiso, orlado de poder, para penetrar en las «plateadas armaduras», haciéndolas vibrar como campanas vivas... Aplicaron las manos sobre los *centros* vitales, despertaron el aliento aletargado enlazando ellos al Gran Aliento sus soplos dominados, y cuando el Gran Ritmo palpitó en sus fibras, proyectáronlo sobre Montalván que, débilmente, tembló con el despertar del primer latido experimentado al nacer otra vez...

Había triunfado. Se levantó con gran dificultad. Estaba muy débil. Balbuceó algunas palabras y avanzó, torpemente, unos pasos sin reconocer a nadie: había perdido la vista.

Desde entonces está recluso en un monasterio de ascetas mudos y silenciosos como fantasmas, donde impera la más severa disciplina impuesta por Bagaván Kavira. Perdido entre los sombríos muros, Leoncio Montalván abre sus ojos sin luz y parpadea como ayudándose con esos gestos penosos para ver más con sus ojos astrales las miserias del mundo, al mismo tiempo que trata de hacer infinito su corazón para seguir perdonando a los hombres.